

CORRESPONSALES DE PRENSA

Es un veneno. Por sabido se da. Hay quien daría uno o dos dedos de cualquiera de sus manos por ser corresponsal de un periódico, siquiera fuese en su propio pueblo. Ver su firma en caracteres de imprenta, tener el poder casi traumático de informar a sus vecinos de la puesta de largo de la niña de Eustaquio, o las espléndidas maneras de jugar al fútbol del nuevo delantero centro del equipo local, son posibilidades que para muchos ciudadanos no son ni más ni menos que el techo sonado durante mucho tiempo. Conozco a un muchacho que servía de corresponsal del diario provincial en su pueblo y que cuando cambió el periódico de director, según parece ahora a tanta distancia, fue cesado sin formación de causa, como un desertor cualquiera. El muchacho, ni corto ni perezoso, se vino a Madrid dispuesto a estudiar para periodista, sólo por darse en su día el gusto casi sublime de volver al pueblo con su título y pasárselo al director por la nariz. Venir si vino, pero no estudió periodismo, sino Derecho y hoy es un honrado funcionario de un Ministerio. Pese a los pesares, sigue en sus trece y la revista que cada mes publica su Departamento se honra, número tras número, con un artículo o poema del otrora corresponsal pueblerino de un diario provinciano. Genio y figura hasta la sepultura.

Salvando todas las distancias imaginables, hubo un

dia, lejano y a la vez permanente en las páginas de la historia norteamericana, un corresponsal de prensa excepcional. Se llamaba Louis Dupuy y había nacido en Alençon (Francia) el 12 de octubre de 1844. Cuando apenas había cumplido los once años se escapó del Seminario, donde su familia le había ingresado para que siguiera la carrera eclesiástica. Valiente como un tejón, se instaló en París y estuvo algún tiempo intentando ganarse la vida de las más diversas maneras. Fue cocinero, heredero luego de una pequeña fortuna, gastador de ella por todo lo grande y al final, francés arruinado, obligado por las deudas a poner agua por medio. Mientras le duró el dinero heredado no se privó de nada: teatros, salones, juego, amistades distinguidas. Luego se exilió. Bohemia en Londres, quiso buscar fortuna en El Dorado recién descubierto. Quiero decir en el «far-west» americano, la tierra de promisión de los buscadores de oro y de los predicadores de extrañas sectas recién inventadas. Trabajó en varios empleos mientras duró su estancia en Nueva York. Inició una carrera que quería ser literaria, pero que no cuajó. Decidió, por último, irse al lejano Oeste.

No era fácil. Pero el Ejército necesitaba hombres y no sólo no le costaría nada, sino que algo le pagarian como soldado. Enrolado en la Caballería Federal, conoció sucesivamente los acantonamientos de Fort Hamilton, Fort Ri-

ley (Kansas), Fort Russel (Cheyenne-Wyoming) y..., cansado ya, desertó. Caminando de noche para pasar escondido todo el día, llegó a Denver. Desde aquí se llamaría Louis Dupuy, porque hasta entonces y por nacimiento se había llamado Adolphe-Francis Gérard. El gusano venenoso de la vocación no le había abandonado y furioso contra el diario «Rocky Mountains News», le escribió al director una carta tan calurosa y valiente, que el director le llamó para ofrecerle algo inaudito: nombrarle corresponsal del periódico para la zona minera, entonces hermosa de aventuras. Louis no se lo pensó dos veces. Y los poco propicios al asombro, vecinos de Pike's Peak, la mayoría locos anhelantes de oro, le vieron pasar un día como un buscador de viejo estilo «arrastrando a su asno, que se llamaba «Fleurette» y le seguía sumiso cargado con todos los utensilios de un auténtico minero...». Más lejos, más al Oeste, California Guich, Breckenridge, Georgetown (donde habría de morir el 7 de octubre del año 1900) le recibirían como minero casi rico, cuando ya había dejado la corresponsalía del periódico.

Volviendo a su viejo oficio de cocinero, levantó el Hotel Paris. Si va usted a Colorado y pasa por Georgetown, no deje de visitar lo que quede de aquel hotel. Y reciba por un corresponsal de prensa que allí murió.

DOMINGO MANFREDI

CARTAS AL DIRECTOR

El precio del pan

Soy un obrero empleado de una Panificadora de Bilbao y sinceramente no estoy de acuerdo con todo lo que nuevamente se empieza a hablar y escribir sobre el tema del pan, me explicare. Parece ser que el pan es el

único alimento que está por las nubes y subirlo un poco más sería algo así como desorbitado. A mi manera de ver, es el alimento más barato y probarlo lo que digo: 500 gramos de pan 21,50 pesetas, 290 gramos 13 pesetas, 170 gramos 7,50 pesetas, 110 gramos 6 pesetas y

70 gramos 5 pesetas, señores. ¿Me pueden decir ustedes que es lo que se compra por ese dinero? Yo digo que nada, además hay que tener en cuenta y esto es muy importante que es el alimento que más se desparría, sigo creyendo que si estaría caro no sería así.

Me hace mucha gracia que para este exclusivo tema tengan que reunirse los consumidores con la Administración y yo me pregunto, cuando sube la leche, los garbanzos, las lentejas, las alubias, el azúcar, el aceite, los pimientos, las naranjas los tomates la carne el pescado, la luz, el agua, los transportes públicos en fin todo, ¿por qué no hacen estos señores lo mismo? porque se autoriza otras muchas cosas subirlas de un día para otro por decreto-ley. ¿Por qué estos señores no están allí? y para este artículo andamos siempre con los mismos llos, ¿es que los obreros y empleados de este sector no tenemos derecho a vivir?

No me parece nada justo que cuarenta mil familias que hay en España con unos sueldos ridículos tengan que seguir así para que los demás ciudadanos el pan lo sigan pagando a un bajo precio. ¿Por qué a estos panaderos no se les da los demás alimentos más baratos? claro pero éste es otro cantar ya que los demás alimentos no están controlados sus precios como los del pan y si alguno está para ellos lo he dicho anteriormente no hay ningún tipo de reunión y para arriba de un día para otro y señores aquí no ha pasado nada.

Referente a las empresas éstas cada día tienen más gastos a los que no pueden hacer frente, suben los trigos, suben las harinas, suben las levaduras, sube la sal, sube la luz, sube el fuel, sube la gasolina, sube la seguridad social, señores sube todo ésta es la triste realidad.

Creo sinceramente que debíamos meditar un poco más las cosas y olvidarnos un tanto ya del pan que no es para tanto, sobre todo a la vista de los demás precios.

JOSE LUIS IGARTUA

A las Fuerzas del Orden Público

Somos numerosos los conductores y ocupantes de esos vehículos que inexorablemente venimos sufriendo, día tras día, esas largas colas que se forman merced a los ya insalvables controles que las F.O.P. establecen a las salidas y entradas de Bilbao. Y digo largas colas porque siempre coinciden en las horas punta en que miles de trabajadores nos dirigimos o regresamos a nuestros centros de trabajo o casas respectivamente, con el consiguiente perjuicio para todos aquellos que por tener que padecer esas dilatadas esperas en la carretera, llegan tarde y malhumorados al tra-

bajo y que para más «inri» es motivo de numerosas deducciones de la nómina y de apercibimientos por falta de puntualidad, falta que en la mayoría de los casos no debió existir.

No es que pretenda censurar o criticar la labor de las F.O.P. pero conocido y sabido es por todos, por la repetición con que se suceden día tras día, dónde y a qué horas son colocados esos controles. Por lo tanto, todo aquel que tenga algo que ocultar no se va a poner en carretera en esos momentos sino que lo hará cuando crea conveniente. Ijo éste, por el contrario, no nos podemos permitir aquellos que no nos quedan otro remedio que tener que introducir la ficha de marcar en el reloj de la empresa.

Si es ésta la única forma de controlar (y en horas puntuales) el orden en esta tan aireada «democracia», vamos listos.

J. M. T.

A vueltas con los impuestos

Ayer, 18 de junio, primer domingo de la temporada de baños en nuestras sencillas pero flamantes playas y, aunque de verano no tenía nada, se me ocurrió dar una vuelta por la playa de Sopelana con el único fin, acompañado de otros matrimonios y de nuestros respectivos hijos, de tomar una cerveza y algo de aire, menos impuro que el que a diario respiramos, a todo esto, eran las siete de la tarde.

Cuál no sería mi asombro, aunque cada vez me asombra menos, cuando, a la entrada de dicha playa, me encontré con que un joven, sin distintivo oficial alguno, al frente de una especie de fielato y bajo un cartel que decía «Vehículos, 25 pesetas», se dedicaba a la tarea de parar la circulación y obligar a quien pretendiera entrar, al abono de esta cantidad, por aparcar su coche.

Me pregunto, al igual que lo habrán hecho otros muchos, si todos los que tenemos que pasar toda la semana en nuestros puestos de trabajo, el tomar el sol o el aire necesita de otro nuevo impuesto. Bien es verdad que el único medio para hacerlo, en esta como en otras muchas playas, es por medio de vehículos propios que ya de antemano han satisfecho impuestos de lujo, municipales, continuos aumentos en el precio de la gasolina, etc., para que, además, tengamos que pagar por tener que aparcar en lugares que, a mi modo de entender, son municipales, lo que quiere decir, del pueblo, sin que nadie garantice que al ir a retirar el vehículo lo encontramos, y si lo encontramos, cuál será su estado, a pesar de que son lugares vigilados, ¿por quién?

¿No se les ha ocurrido, aun, a las autoridades municipales cobrar a las embarcaciones que fondean frente a las playas? sería otra fuente de ingresos más. Si de incrementar sus ingresos se trata, sería preferible comenzar por quienes de nuestro suelo, nuestro aire y nuestra naturaleza en general hacen que sea un estercolero y no lugares de expansión del pueblo que, en definitiva, es el único propietario de estos lugares, con sanciones por contaminación.

Si todos son obligados, ¿dónde están nuestros derechos?

Si a todo esto añadimos el estado en que se encuentran nuestras playas, podremos, algún día, reclamar a nuestros municipios indemnizaciones por accidentes ocurridos por este mal estado?

¿Existe alguna ley que ampare estos impuestos, que además de obligatorios son susceptibles de aumento cada año, con el agravante de que cada día se puede ampliar estos aparcamientos hasta el punto de tener que dejar el coche a dos y hasta tres kilómetros del punto a donde se pretende ir, según la afluencia de público?

FLOREN

Las cartas recogidas en esta sección representan exclusivamente el criterio y la opinión de sus autores. La del periódico se expresa, como es costumbre, a través de sus editoriales. Rogamos a los lectores que escriban, lo hagan preferentemente a máquina y no rebasando la extensión de un folio a dos espacios. Las cartas deberán venir autenticadas con el nombre, seña y teléfono, si lo tuviese, del remitente, sin perjuicio de que, a petición expresa del mismo, estos datos no figuren al ser publicadas.

Tanques para la industria
HORIZONTALES Y VERTICALES
De 3.000 a 150.000 litros
En stock. Entregas inmediatas.

ALIDESAS
Alavesa de Ingeniería y Desarrollo, S. A.
Apartado de Correos 1.527 de VITORIA
Tels. (945) 45.51.70 y 45.51.71
VILLARREAL DE ALAVA

Compre hoy
Blanco y Negro
ESTA SEMANA:
Sorprendentes revelaciones de Raquel Welch
«MI MALA VIDA»
Rafael Caldera, ex presidente de Venezuela
“EL FENOMENO DE CUBA ES IRREPETIBLE”
EL ABORTO, EN ITALIA: CRECE LA POLEMICA
SUBNORMALES: EL DIFÍCIL SALTO HACIA LA SOCIEDAD
CHUECA-GOITIA: ¿Qué parlamentarios querían que le procesaran?

Lea ByN:
Las cosas como son